

# RETORNO DE PEIRATS, AUTOR DE "LA CNT EN LA REVOLUCION ESPAÑOLA"

**C**UANDO el diez de febrero de mil novecientos treinta y nueve crucé la frontera con rumbo a un exilio tan incierto como amargo, tenía treinta y un años, toda la ardorosa vehemencia de la juventud y una fe ciega en que los trabajadores españoles, por encima de reveses y derrotas circunstanciales, acabarían triunfando en su larga y dolorosa lucha por la libertad. Ahora, al cruzar de nuevo en sentido inverso la misma frontera, tengo sesenta y ocho años y el tiempo ha mermado inevitablemente mis energías físicas; pero mantengo inalterable, acentuada incluso, mi confianza en el futuro de nuestro pueblo y la fidelidad a unas ideas y principios que informaron toda mi existencia.

José Peirats habla pausado y seguro, midiendo palabras y precisando conceptos. Es hombre menudo de cuerpo, pelo grisáceo, rostro surcado por profundas arrugas, amplia frente y mirada inquisitiva y penetrante. Autodidacta de inteligencia clara y extensa cultura, da una impresión inequívoca de carácter equilibrado, ponderado y reflexivo, un tanto diferente del joven exaltado e impetuoso que yo recordaba. Pero cuarenta años no pasan en balde y le encuentro tan cambiado como él probablemente me encuentra a mí.

Hablamos en un piso reducido y modesto, en la tercera planta de un edificio de Coll Blanch, barriada obrera perteneciente al municipio de Hospitalet. Es una vieja vivienda familiar, ocupada hoy por una hermana de Peirats y donde éste pasó buena parte de la juventud. La casa está llena de familiares, amigos, conocidos y trabajadores que quieren saludar al viejo militante confederal. Mientras ascendemos renqueantes por la angosta escalera, nos cruzamos con grupos que bajan. Alguien que me acompaña me hace notar —por si a mí pudiera pasarme inadvertido— que ninguno de los luchadores cenetistas, al volver del exilio, se aloja precisamente en hoteles de cinco estrellas.

—Podrán atacarlos cuanto quieran sus adversarios ideológicos —agrega convencido—, pero nadie puede negarles honestidad ni que hoy sigan siendo lo que siempre fueron: simples y auténticos trabajadores.

José Peirats está un poco abrumado por el número de visitantes, por el ambiente que le rodea desde que hace tan sólo unos días pisó de

nuevo Barcelona. Aunque no se habla anunciado su regreso ni realizado en torno a su nombre propaganda de ninguna clase, conforme ha dicho la prensa, en la estación de Francia le esperaban varios cientos de personas que le acogieron con entusiasmo, mientras entonaban las estrofas vibrantes de "A las barricadas".

—A sus muchos años —comenta cuando se lo indico—, uno está curado de vanidades si las tuvo algún día, pero sería pueril negar que me

impresionó lo caluroso del recibimiento. Y más aún que por el número de asistentes, por advertir entre ellos una presencia mayoritaria de jóvenes nacidos después de nuestra guerra, cuya presencia en la estación probaba la plena vigencia de unas ideas que quienes siempre nos negaron el agua y la sal quisieran dar por definitivamente desaparecidas.

Destacado militante confederal desde los tiempos de su primera juventud, Peirats comienza a sobresalir en los años postreros de la dictadura primorriverista, entregado en cuerpo y alma a la lucha obrera. Sin dejar de trabajar en ningún momento —tiene que empezar a ganarse el pan antes de cumplir

los diez años—, procura adquirir por sí mismo la cultura que no pudo recibir en escuelas y Universidades, robando horas al descanso, para enfrascarse en estudios y lecturas. Pronto adquiere cierta nombradía en los medios sindicales por su resolución personal y sus dotes polémicas. Tiene facilidad de palabra en la tribuna y maneja con soltura la pluma. Utilizar una y otra en defensa de sus hermanos de clase le vale contratiempos y persecuciones que, lejos de doblegar su vo-

comentaristas e historiadores tratan de nuestras contiendas civiles en el siglo XX. Trabajo sereno, apoyando todas sus afirmaciones en documentos irrefutables y testimonios de primera mano, Peirats historia en él no sólo la conducta de las masas confederales durante la guerra y la revolución, sino en los cincuenta años precedentes, con juicios y opiniones concretos y certeros. No obstante, ahora se niega a enjuiciar en público la situación del movimiento obrero español y su inmediato futuro.

—Sería una pretensión pueril por mi parte —afirma modesto— dar lecciones ni enmendar la plana a nadie. Aunque ni un solo día he dejado de pensar en España y he procurado estar al corriente de las angustias y vicisitudes de los trabajadores, lo efectivo es que llevo treinta y siete años fuera y es posible que no calibre con exactitud esfuerzos y sacrificios de quienes dentro han continuado y continuarán luchando. Ni siquiera insistiré, porque lo considero totalmente innecesario, en mi absoluta confianza en el porvenir del anarcosindicalismo y mi voluntad de cooperar con todas las fuerzas que me queden a la plena realización de sus postulados, que sigo considerando esenciales y básicos para el proletariado español.

Aunque Peirats no lo diga ahora,

## Eduardo de Guzmán

luntad, le incitan a continuar con ánimos redoblados por el camino emprendido.

Colaborador habitual en múltiples publicaciones libertarias, es redactor de "Solidaridad Obrera", y al comenzar la guerra aparece en la dirección de "Acracia", de Lérida. Sin embargo, es después de la guerra, en el interminable exilio sufrido en diversos países de Europa y América, cuando José Peirats da la medida exacta de sus posibilidades como escritor, aun teniendo que desenvolverse en las circunstancias más críticas y adversas. Obra fundamental suya es "La CNT en la revolución española", a la que de una manera u otra han de recurrir —lo confiesen o no— cuantos



José Peirats, en su casa de Hospitalet con unos amigos, entre ellos nuestro colaborador y autor de este trabajo, Eduardo de Guzmán.



"Ni un solo día he dejado de pensar en España y he procurado estar al corriente de las angustias y vicisitudes de los trabajadores".

yo recuerdo de memoria afirmaciones tuyas sobre el particular. "El anarcosindicalismo —escribía hace más de veinte años— estima que el Estado es incompatible con el liberalismo. El Estado no puede ser liberal sino en la medida en que son respetados los privilegios y jerarquías tradicionales que representa. Huelga decir que se entiende también como disfraz la transfiguración democrática del Estado. Para éste la democracia no ha sido más que una necesidad impuesta por las circunstancias y un instrumento eficaz en sus manos para mejor servir sus intereses de casta". También lo que entonces decía acerca de la engañosa esperanza de quienes aspiraban a la dominación del Estado: "La conquista del Estado es siempre una ilusión. El

Estado conquista finalmente a sus conquistadores. O convierte en Estado a cuantos llegan hasta él, por sufragio o por asalto".

Dejando a un lado las disquisiciones doctrinales, volvemos a la realidad actual de nuestro país. Peirats no oculta su profunda decepción por la amnistía recientemente decretada.

—Aunque no soy jurista, y habría que serlo para poder medir el alcance y las limitaciones de la medida, a mí me parece más un indulto que una auténtica amnistía. En fin de cuentas, amnistía significa olvido y en la última se recuerdan demasiadas cosas que condicionan el posible perdón, discriminando a sus beneficiarios. Las amnistías suelen ser breves, claras, concisas y categóricas. Así lo fueron las de

mil novecientos diecisiete, mil novecientos treinta y uno y mil novecientos treinta y seis, e incluso la dada por Franco en septiembre de mil novecientos treinta y nueve, librando de toda culpa a los partidarios del Movimiento Nacional. Es posible que la ahora dictada se aplique con generosidad y beneficio a muchos. Pero es un poco farragosa, sujeta a todo género de interpretaciones, de modo y manera que, según la frase manida y tópica, los árboles impiden ver el bosque.

Parecida es la opinión de Germinal Graça, que asiste a la entrevista e interviene en la charla. Germinal Graça es un veterano luchador que vuelve a España tras largos años de exilio. Algo más joven que Peirats, ha viajado por medio mundo. Es también un buen periodista e historiador que firma sus obras con el nombre de Víctor García, y entre cuya copiosa producción destaca "La Internacional Obrera". De la amnistía pasamos sin proponerle deliberadamente a tocar un punto de cierto interés: el silencio en torno a la Confederación Nacional del Trabajo. En toda España y en Cataluña de modo especial se habla intensamente de partidos políticos y organizaciones sindicales. Grupos minúsculos y personalidades de muy segunda fila reciben una desmesurada propaganda, presentándose como factores determinantes en el futuro inmediato de nuestro país, mientras se ignora deliberadamente al movimiento libertario, de tan honda y extensa raigambre popular.

—El hecho no tiene nada de sorprendente —afirma Peirats—, porque se ha repetido en múltiples ocasiones. En mil novecientos treinta, por ejemplo, había quienes consideraban que la CNT, duramente perseguida por la Dictadura, con los sindicatos cerrados y los militantes encarcelados, había de-

jado de existir. Pero bastó la reapertura de algunos locales para que en el mes de abril, cuando puede celebrarse el primero de sus actos públicos con intervención de Pestaña, Massoni y Peiró, la afluencia masiva de público, que desborda la capacidad de cualquier local cerrado o abierto, demuestra fuera de toda posible duda que la organización representa, más que en cualquier otro momento de su dilatada historia, los anhelos y aspiraciones de una mayoría aplastante del proletariado catalán.

¿Podría tener el hecho actualmente una exacta repetición? Probablemente sí, aunque no les quepa en la cabeza a quienes, desorientados por el estrépito de una propaganda perfectamente organizada, creen que la conspiración de silencio en torno a la CNT significa su desaparición. La capacidad de convocatoria del movimiento libertario está lejos de extinguirse y lo sucedido en 1881, en 1900, en 1911 ó 1930 puede ocurrir de nuevo en 1976. ¿Que entre esta fecha y las anteriores España ha sufrido modificaciones esenciales? Indudablemente. Pero también se habían producido en el medio siglo que precede a la proclamación de la República, sin que por ello variase el entusiasmo proletario por un ideal de liberación determinado.

—Todos debemos tener muy en cuenta las experiencias de la guerra y de la revolución. En ella, las dos concepciones nuevas y transformadoras de la sociedad —las colectividades agrícolas y la autogestión empresarial— son obra nuestra. En una forma u otra, hoy están siendo ensayadas en gran número de países, aunque en general se oculte la paternidad de las ideas e incluso en una obra tan famosa como la de Hugh Thomas acerca de la guerra de España se las ignore por completo.

No podemos seguir hablando en la vivienda de la hermana de Peirats, donde éste se propone residir en España. Es constante la afluencia de visitantes; la casa está llena de gente, hace calor asfixiante y la charla sufre constantes interrupciones al tener que saludar a muchos de los que vienen a verle. Para poder dialogar con mayor desahogo, Peirats y Germinal, junto con las compañeras de ambos, que tanto saben de angustias, privaciones, me indican que los acompañe al domicilio cercano de una sobrina del primero. En su casa, un poco libres del agobio de los que desean abrazar a los veteranos luchadores, podemos hablar con mayor comodidad. Inevitablemente, la conversación gira en torno a los duros años del exilio.

—Sin pretender equiparar nuestros sufrimientos a los de millares y millares de compañeros que quedaron dentro de España al finalizar la guerra —dice Peirats—, preciso es reconocer que el exilio no ha sido un lecho de rosas para la inmensa mayoría de los que logramos salir de España.

Modestamente, pretende restar importancia a sus avatares a uno y



"Me impresionó lo caluroso del recibimiento y la presencia mayoritaria de jóvenes nacidos después de nuestra guerra".

## RETORNO DE PEIRATS,

otro lado del Atlántico, y sólo respondiendo a insistentes preguntas relata algo de sus aventuras y desventuras entre 1939 y 1976. Teniente en la 26 División del Ejército Popular, cruza la frontera en unión del resto de la unidad, que manda Ricardo Sanz, al finalizar la lucha en Cataluña. Concentrados primero en el fuerte de Mont Louis, en la Cerdeña francesa, recorren después diversos campos de prisioneros. En agosto de 1939 se les anuncia que podrán emigrar a Méjico e incluso suben a un barco anclado en el puerto de Burdeos. Pero allí un delegado mejicano, llamado Fernando Gamboa, realiza una labor discriminadora, excluyendo sistemáticamente a los militantes confederales, 300 de los cuales son expulsados del buque para ser sustituidos por otros exiliados de diferente filiación.

—Fuímos distribuidos entonces en tres campos de refugiados distintos. Cuando estalla la segunda guerra mundial, el subprefecto de Cognac, donde nos encontramos, nos visita para dirigimos una alocución en que, tras alabar nuestra lucha en España, nos invita a incorporarnos inmediatamente a la Legión Extranjera como muestra de gratitud por las supuestas atenciones de que somos objeto en Francia y la más supuesta ayuda que durante nuestra guerra nos presta el Gobierno galo. Cuando nos negamos, nos amenaza con devolvernos a España para que nos fusilen.

Aunque la amenaza se queda en palabras, se endurece su situación y pasan unos meses de poco grato recuerdo. A finales de año, el SERE ofrece a unos grupos la posibilidad de marchar a Santo Domingo para trabajar como labradores. Entre los que aceptan está Peirats, que, a comienzos de 1940, desembarca en la República Dominicana, donde ejerce su dictadura la familia Trujillo.

—Nos trataron bastante bien, proporcionando tierras que cultivar en la frontera de Haití. El trabajo era duro, pero no nos preocupaba. Nos desagradaba, en cambio, que se corriera la especie de que nuestra misión fundamental sería "blanquear la raza", utilizándonos como una especie de garrones, y más aún las condiciones en que vivía el país, la falta de libertades esenciales y la existencia de un régimen dictatorial totalmente opuesto a nuestras convicciones. Todo el mundo deseaba salir de allí, poniendo lo mejor de sus ilusiones en poder trasladarse a Méjico; pero el traslado ofrecía dificultades que la mayoría no pudo superar.

Una fundación americana que presidía o asesoraba el novelista John Dos Passos ideó, como solución para muchos de los exiliados españoles, la creación de unas colonias agrícolas en el Ecuador. Varios de los que estaban en Santo Domingo acogieron complacidos la



—Mantengo inalterable mi confianza en el futuro de nuestro pueblo y la fidelidad a ideas y principios que informaron toda mi existencia".

idea y Peirats estaba entre ellos. Tras unos meses de espera, embarcaron en un barquichuelo que se proponía recoger otros grupos de exiliados y emigrantes en diversos puertos del Caribe, y visitaron Cuba, Curaçao, Venezuela y Colombia, donde tuvieron graves dificultades con las autoridades de inmigración. Al cabo de varias semanas fueron recogidos por otro barco distinto, y luego de cruzar el canal de Panamá llegaron al puerto de Guayaquil.

—Las tierras que teníamos que roturar y colonizar estaban en el departamento de Esmeraldas, en plena sierra oriental. A cierta altura sobre el nivel del mar, el clima era benigno y consideramos posible la empresa que se nos encomendaba. Todo fue bien hasta que llegaron las lluvias y arrastraron y destruyeron todos los campos preparados y todos los sembrados. Supimos entonces que la estación de las lluvias se prolongaba meses enteros y que los cultivos agrícolas resultaban punto menos que imposible. No lo era, en cambio, la explotación maderera y los exiliados españoles nos entregamos de lleno a ella, construyendo, con medios rudimentarios, un aserradero en plena selva y lanzándonos a la busca, tala y transporte de las maderas más apreciadas.

Vivían muy lejos de la civilización y el pan les llegaba con retraso considerable, cuando les llegaba. Decidieron fabricarlo por su cuenta y con un horno improvisado lo consiguieron. Durante largos meses, Peirats alterna los trabajos madereros con su labor como panadero, oficio del que sólo tenía vagas nociones y que llega a dominar. La experiencia no se prolonga durante mucho tiempo. A raíz de la entrada de los Estados Unidos en la guerra, la fundación que orienta John Dos Passos cesa por completo en su asistencia a los exiliados españoles del Ecuador. El grupo se disgrega, y mientras una mayoría decide continuar, otros descienden a la costa con la esperanza de hallar un barco que les lleve a Méjico;

como mínimo, a Panamá. Peirats, que baja a Guayaquil, tiene que esperar ocho meses, laborando en los más diversos oficios para no morir de hambre.

—Al final conseguí subir a un viejo y desmantelado buquecillo que hacía la travesía entre Guayaquil y Panamá. Estuvo a punto de ser el final de mis aventuras. El capitán y el timonel estaban casi siempre borrachos y todo iba de mal en peor. Un día se estropeó la maquinaria y no había nadie a bordo capaz de arreglarla. No sé si lograron comunicar con nadie por radio para pedir auxilio. Lo único que sé es que estuvimos muchos días a la deriva sin que nadie nos ayudase. Vimos algunos aviones que creíamos que iban en nuestra busca, pero que no nos vieron o no nos hicieron caso. Las subsistencias se agotaron y no bebíamos otra agua que la calda de las nubes. Nos salvamos, en definitiva, porque el Pacífico hizo honor a su nombre y fue durante aquellas semanas una balsa de aceite. Al cabo, cuando ya hablamos perdido toda esperanza, un cañonero americano vino en nuestro socorro y conseguimos llegar a Panamá.

En plena guerra, Panamá rebosa de animación con el constante paso de buques de guerra americanos del Atlántico al Pacífico. La vida es relativamente fácil y Peirats se la gana trabajando en diversos oficios, entre ellos el de fotógrafo callejero, al que le lanzan otros compañeros del exilio. Pero cuando la guerra termina, las condiciones de vida de los exiliados varían y es preciso buscar otros horizontes. Desde Panamá, Peirats ha empezado a escribir unas estampas del exilio, que se publican en diversos periódicos europeos y americanos. De uno de ellos, "El País", de Caracas, le llaman como redactor volante y colaborador, y llega a Venezuela a poco de finalizada la contienda mundial.

En Venezuela trabajó algún tiempo en "El País" y otras publicaciones, manteniendo correspondencia con grupos de compañeros en Méjico, Argentina y Francia. En 1947 conoce la convocatoria en Francia de una Conferencia Intercontinental del Movimiento Libertario. Embarca para Europa para asistir a la misma y en los primeros meses de 1947 se encuentra de regreso en París.

—Llegué a Francia en marzo, y en julio entraba clandestinamente en España. Venía en nombre y representación del Movimiento Libertario para asistir a un pleno nacional de las Juventudes Libertarias. Innesario es decir que el pleno se celebraba en la clandestinidad y con graves riesgos para todos los asistentes. Aunque habían transcurrido ocho años desde el final de la guerra, la represión no había alojado lo más mínimo. En las cárceles estaban aún millares de compañeros condenados por su actividad durante la contienda, a los que constantemente se sumaban quienes laboraban entre las sombras. Eran varios los comités

nacionales o regionales detenidos con posterioridad a la guerra, cuyos integrantes habían de pasarse en presidio doce, quince o veinte años de reclusión, cuando no eran ejecutados.

Al pleno de Juventudes asisten representantes de las diversas regiones que dialogan en Madrid, burlando las persecuciones policíacas. Algunos de los delegados son apresados, mientras el resto continúa impertérritos sus deliberaciones. Cuando finalizan sus tareas, Peirats tropieza con grandes dificultades para salir de Madrid y para traspasar de nuevo la frontera. Consigue, no obstante, llegar a Francia y dar cuenta de su gestión. Ocupa la Secretaría del Movimiento Libertario en un período de intensa actividad, en que se plantean espinosas cuestiones, esencialmente en torno a la participación o no en los sucesivos Gobiernos de la República en el exilio.

—En mil novecientos cuarenta y ocho había abandonado la Secretaría y en unión de un grupo de compañeros planeamos la instalación de una explotación maderera en algún punto de las Landas francesas, cuando vinieron a buscarme para que me hiciera cargo de la redacción de una extensa obra sobre la actuación de la Confederación Nacional del Trabajo en la guerra y en la revolución española. Era una tarea importante que llevaría años de trabajo en condiciones nada favorables. Pero acepté sin vacilaciones, entregándome de lleno a la tarea, consultando archivos, reuniendo documentos y dialogando con cuantos habían intervenido personalmente en cada uno de los acontecimientos.

La culminación de su tarea le exige cuatro años de incesante trabajo. Parte de él lo realiza en un modesto piso de Burdeos, sin calefacción de ninguna clase, laborando envuelto en una manta y dando diente con diente a lo largo de un invierno inclemente. Parte de él lo realiza también en la cárcel, donde la Policía francesa le retiene durante largos meses con el pretexto de que unos hechos sangrientos producidos en Lyon son obra de exiliados cenetistas españoles, cosa que no responde en absoluto a la verdad. En defensa de José Peirats, injustamente detenido, se alzan las voces de protesta de los intelectuales franceses, encabezados por Albert Camus. El detenido es absuelto libremente al final.

—El primer tomo de "La CNT en la revolución española" se publica en Toulouse en mil novecientos cincuenta y uno; el segundo, en mil novecientos cincuenta y dos, y el tercero, al año siguiente. Ocurre, sin embargo, que cuando se publican los dos últimos tomos el primero está totalmente agotado; se remedia el problema con una copiosa edición argentina de ese primer tomo. Con posterioridad, ya en mil novecientos setenta, Ruedo Ibérico lanza en París una nueva edición de la obra, cuya venta parece que ahora está autorizada en el interior de España. ■ E. DE G.